



Una de sus gracias felices, fué retratarse con un higo en la mano, como el único premio que había recibido de la corte por sus adulaciones.

Así como Tassoni se burlaba de los tiempos que ya no existían, del mismo modo Francisco Bracciolini de Pistoya quiso burlarse de los dioses en que ya no se creía, y se originó una gran disputa sobre cuál de los dos inventó el género heroico cómico; pero no dirá que fué ninguno de los dos el que haya leído el *Morgante*, *Orlando el Furioso* y el *Enamorado*. Bracciolini, requisísimo de modos y lleno de franqueza, compuso otros muchos poemas, entre los cuales se debe mencionar la *Cruz reconquistada por Heracio*, que dicen es el mejor después del de Tasso.

Aquel siglo fué desgraciadamente fecundo en epopeyas heroicas, morales, sagradas, cómicas; hoy todas yacen en el olvido. Exceptuamos, sin embargo á Lorenzo Lippi, pintor florentino, que componía versos del mismo modo que hablaba, y pintaba como veía, imitando á la naturaleza admirablemente, tanto en una arte como en otra, pero sin mérito en la elección ni en la disposición. Difícil sería decir el asunto y mucho ménos el objeto de su *Malmantile vuelto á adquirir*; sin embargo, se lee con gusto, así como se escucha á un gracioso parlanchin florentino.

El Ricardito (*Ricardetto*) de Nicolás Fortiguerra es una obra escrita con pureza, pero sin elegancia; en cada canto sólo tardaba un día, y sólo trató de hacer reír con gracias extravagantes é irracionales. Francisco Redi de Arezzo, que supo de todo, escribió muchos y buenos sonetos, especialmente el *Baco en Toscana*, que fué el primer brindis entre los modernos, imitado después, pero no igualado: Fluvio Testi de Módena carece del aroma del estilo que eterniza las obras, y pone en verso con frecuencia una moral propia de un sermón; pero su gracia y facilidad hacen agradable su lectura.

«La poesía está obligada á hacer arquear las cejas. Yo quiero encontrar un nuevo mundo ó ahogarme así como mi compatriota Colon,» decía Gabril Chiabrera de Savona, el cual acusando á los poetas italianos de timidez, presentó grandes imágenes, expresiones figuradas,

metros nuevos y composiciones de palabras, y tuvo un gusto exquisito para comprender la armonía conveniente á la lengua italiana. Pero si le comparamos con Anacreonte y con Píndaro, no se hallará en él la gracia inefable del primero; y aunque imita la flexibilidad y riqueza de epítetos del segundo, no tiene la unión que aquél establece entre sus imágenes; por lo demás sus continuas alusiones mitológicas parecen mucho más frías de lo que son, porque no están excusadas por la necesidad de alabar á algun oscuro combatiente. Dió á la lengua construcciones nuevas, pero no siempre propias, imitando las formas antiguas en vez de tomarlas del lenguaje popular. No cesó de versificar en ochenta y cinco años que duró su vida sana y pacífica; de modo que nadie le superó en el número de sus versos, alabando generalmente á príncipes que no merecían excitar su entusiasmo; compuso varios discursos en prosa, muchos dramas para música, cinco poemas épicos, varios poemitas sin regularidad ni inspiración. Sus sermones, de un género intermedio, pueden colocarse entre los mejores italianos. En sus infinitas composiciones líricas resaltan algunas cosas de mérito, pero no hay en ellas nada grande, ni de íntima persuasión. Así ninguna de sus odas se sabe de memoria.

Por algun tiempo fué un centro de grandes ingenios la academia que Cristina de Suecia fundó en su casa en Roma y adonde concurrían Noris, que fué después cardenal, Angel de la Noce, arzobispo de Rosano, José María Suarez, obispo de Vaisons, Juan Francisco Albano, que fué después Clemente XI, Manuel Schellestrate, muchos obispos y monseñores, Estéban Gradi, bibliotecario del Vaticano, Octavio Falconieri, anticuario, Octavio Ferrari, á quien en premio de un panegirico regaló Cristina un collar de oro de 1.000 zequies, Dati, Boselli, Menzini, Guidi, y Filicaja que cantaba:

La gran Cristina, dal cui cenno pende
E per cui vive e si sostiene la fama;
Lei che suo regno chiama
Quanto pensa, quanto opra e quanto intende.

La gran Cristina, de quien pende, y por quien vive y se sostiene la fama, ella á quien

apellida su reina todo lo que piensa, obra y comprende.

Citemos también al pobrísimo poeta Juan María Crescimbeni de Macerata, que escribió la *Historia de la poesía vulgar*, asunto desmenuzado en un estilo prolijo, sin seguridad en el gusto y que sólo tiene mérito por las muchas cosas nuevas que dió á luz. Asombrado de la infinidad de poetas ilustres de su tiempo, desesperando poder hablar de todos y temiendo el resentimiento de aquellos cuyo nombre omitiese, en presencia de varios testigos cerró en una urna todos sus nombres y sacó á la suerte los que debía citar, haciendo un protocolo regular de todo esto. Después de la muerte de Cristina pensó Crescimbeni conservar unidos á estos ingenios, fundando la academia de los Arcades, que llegó á ser la más célebre de Italia por mérito y por desprecio. Los catorce fundadores celebraron la primera reunión el 5 de Octubre de 1690 en San Pedro Montorio y después en el Huerto Farnesio en el Palatino; posteriormente Juan V de Portugal les dió una cantidad para comprar un lugar conveniente, que fué el bosque Patrasio en el Janículo. En breve se aumentó su número y sus corresponsales, y establecieron colonias en toda Italia: debían figurar una nueva Arcadia, designando á cada uno nombre pastoril y posesiones, mezclando de este modo en todo ideas campestres y pastoriles: era su emblema la flauta de Pan, el granero el archivo, guardian el presidente, y contaban por olimpiadas. Su objeto era desterrar el mal gusto; pero si éste provenía del divorcio entre la cosa y la palabra, ¿cómo podía desterrarle gente que se reunía para recitar versos, y versos hechos para recitarse? Corregiase, pues, el énfasis, pero para volver al artificio, no á la naturaleza. Vicente Leonio de Espoleto, uno de los primeros arcades, combatió las metáforas y restauró la fama de Petrarca, yéndose fuera de la puerta Angélica á leerle y analizarle; después pareció un gran paso el sustituirle á la imitación de Petrarca la de Constanzo.

De este modo la languidez reemplazaba á la convulsión; pero entre tanto se había empezado la corrección, y los mejores de entre los que

hemos nombrado, introdujeron un estilo más original que el de los escritores del siglo XVI. Vicente Filicaja, florentino, supera á sus contemporáneos por su nobleza de sentimiento, su vigorosa imaginación, su religiosidad y su patriotismo, y sin las ficticias alas de Píndaro y de Chiabrera se conoce que habla al corazón. Su adiós á Florencia no puede ménos de conmovernos; se oye la voz de Europa en el odio que muestra contra el emperador, contra el duque de Lorena y contra Sobieski por el sitio de Viena, y se siente el gemido de toda Italia, despedazada por la guerra de sucesión en su famoso soneto. Pero no sostiene con el arte necesario estos nobles principios; ignora la gracia, y se detiene en generalidades como el que teme disgustar á los pueblos ó á los reyes.

Muchos fueron superiores á él y á Chiabrera, como Carlos Guidi, de más imaginación, y más seguro y feliz en el uso de la lengua. Dice que cuando se le aparece la grandeza, escribe los «himnos, hijos inmortales de su alma;» pero no encontramos en ellos ni asuntos de gran interés, ni veracidad en el sentimiento: adula con mucha frecuencia y se complace en que:

.....Con aspetti trionfali é lieti
Quasi illustri pianeti
Di sacra luce aspersi
Entrar vedransi in Vaticano i versi.

.....Con aspecto triunfal y alegre, como brillantes planetas bañados de luz sagrada, se ve á sus versos entrar en el Vaticano.

Poeta de imágenes, las exagera comunmente; adorna y amplifica todo tanto como Chiabrera, y no apropia como éste filosóficamente su superabundancia de epítetos, sino que los usa sólo en beneficio de la armonía. Puso en verso las homilias de Clemente XI: su oda á la Fortuna dicen que es muy buena, pero es muy vulgar el hacer hablar á estos seres ideales. Presentó al príncipe Eugenio los gemidos de su patria, Pavia, y consiguió alguna mejora.

Benito Menzini, florentino, tiene elegancia y lenguaje poético, y toma por modelos á Tasso y á Chiabrera; por lo cual, siendo inferior á ellos, como sucede al que imita, no llama la atención como las obras originales, y fatiga con sus continuas alusiones mitológicas. Su oda



«Un verde ramiso en una playa árida,» es muy bella, pero mejores son sus sátiras, á pesar de que no ve sino los vicios aparentes, y desfoga su ódio personal en triviales invectivas. En su «Arte poética» combate el mal gusto de la época, y saca energía de su ira. Cree que «en los poetas satíricos, las palabras de la plebe valen tanto como las nobles en los heroicos;» pero no sabe fundir el estilo de los antiguos con el de su tiempo. Tuvo una vida agitada; y por último, gozó algunos bienes bajo la protección del papa, y compuso versos pastoriles, bastante malos por cierto, como los de la *Academia tusculana*.

Juan Bautista Zappi, de Imola (1719), graduado en jurisprudencia á los trece años, obtuvo simultáneamente los triunfos del Foro y del Parnaso, pero sin salir de la pobreza que dividió con Faustina Maratti; poetas ambos, *arcades ambos*. En vez de frialdad peca ya de excesivo ingenio. Carlos Maggi, milanés (1699), secretario del Senado de su patria y profesor de lengua griega, tradujo de ésta muchos epigramas, pero añadiéndoles sutilezas suyas, así como los escultores de Luis XIV reformaban las copias de estatuas antiguas. Escribía dramas á la llegada de los nuevos gobernadores, sin economizar las gracias picantes, que no sé cómo se conciliaban con la grave devoción de aquel tiempo; compuso comedias de mérito en milanés; y alguno de sus sonetos respira amor patrio. Francisco de Lemene, de Lodi (1704), amigo suyo y diputado por su patria en el Senado de Milan, escribió poesías jocosas, y fué muy fecundo, aunque también muy alambicado; y por último, se dedicó enteramente á argumentos religiosos. Alejandro Marchetti, de Pistoya (1714), anduvo variando de estudios, descontento de todos, hasta que Borelli le hizo estudiar geometría, de la cual había sido profesor en Pisa; en esta ciencia explicó las ideas de Galileo sobre la residencia de los sólidos, siendo, sin embargo, muy inferior á los sabios con quienes pensaba rivalizar. Sus obras líricas son medianas, como la versión de Anacreonte: en cuanto á la de Lucrecio, no nos atrevemos á decir que es peor, porque tendríamos que luchar con la opinión más extendida y más vulgar.

Pedro Santiago Martelli, boloñés (1727), se propuso reformar el insulso teatro de los autores del siglo XVI, para que no fuese preciso recurrir á versiones francesas; sin embargo, imitó á los franceses hasta en la forma del verso, que de su nombre se llama *marteliano*, de una monotonía insufrible en la declamación. Además le llenó de imágenes líricas, de comparaciones artificiosas, en fin, de todo aquello que ménos conviene á la tragedia. Diciendo que compuso veintiseis dramas, tres poemas, siete sátiras y un diluvio de poesías líricas, puede figurarse el lector cuál será su mérito.

El teatro había perdido ya de hecho las bufonadas del siglo XVI, y también toda originalidad; estaba, pues, en silencio ó no hacía más que repetir: en tantas fiestas en que desplegaban su lujo los príncipes, se ofrecían representaciones de gran espectáculo ú obras en música, género nuevo y predilecto, en el cual supo evitar Rinuccini la afectación general. Juan Vicente Gravina, de Calabria (1718), pretendía el título de Sófocles italiano, por cinco desgraciadísimas tragedias: era hombre de mucha erudición en jurisprudencia, pero muy vanidoso, mordaz y pendenciero. En la *Razon poética* sostiene con muchos racionios que la poesía consiste en una imitación conveniente; pero ni aún sabe deducir todas las consecuencias de este principio, siendo muy inconexo. Se enemistó con toda la Arcadia, porque se abrogaba el mérito de sus leyes, escritas en el estilo de las XII Tablas; pero el que más acerbamente le persiguió fué Quinto Settano. Ocultábase bajo este nombre Luis Sergardi, jesuita, de Sena (1726), que escribió contra él sátiras venenosísimas en latin, reuniendo, se dice generalmente, las cualidades de los tres poetas satíricos latinos, y combatiendo tenazmente á los hombres y los vicios de su siglo. Su fuerza y elegancia le dieron tanta fama como después las Parinianas; y la lengua en que estaban escritas las difundió por toda Europa.

Otro famoso latino fué el milanés Tomas Ceva (1737), que unió las matemáticas con la poesía, y puso en verso los antiguos errores, quizá porque los encontró más poéticos. Atribuye al abandono de Aristóteles las herejías de



Lutero y de Calvino; refuta los torbellinos de Descartes y los átomos de Gassendi, y el sistema copernicano como contrario á la fe, y defendiendo la atracción con el nombre de simpatía. Mucho mejor nos parece cuando se contenta con ser poeta, como en las *Selvas* y en el *Niño Jesús*, pues entonces pinta bastante bien. Escribió varias vidas en buen lenguaje y con moderación, en conformidad con su espíritu, teniendo siempre por objeto la piedad; y en algunas, como en la de Lemene, se eleva á consideraciones sobre el arte poética.

Se ensalza la influencia de los Mecenas! En Italia, si no bastaban los príncipes naturales, se encontraba protección y remuneraciones en Cristina de Suecia y en Luis de Francia; pero ¿qué hombre grande formaron? Aun en los estudios más favorecidos, el mismo Tiraboschi, tan indulgente, confiesa que no había un teólogo moralista de juicio, ni uno que argumentase dignamente en la cuestión de la Gracia. En Francia, en Holanda y principalmente en Inglaterra, no se hallará un literato de algun nombre que no haya tomado parte en los acontecimientos de su patria, y que no haya influido algo con sus escritos. ¿Y en Italia? La historia de Francia vive y respira de continuo en su

riquísima literatura, hasta en las novelas, en las tragedias, en las comedias; tanto, que sería posible escribirla, no digo fielmente, sino enteramente, estudiando estas obras. Pero ¿y en Italia? La literatura era una charla en prosa ó verso sin seriedad, ni pasión, ni grandeza, que no hablaba al corazón, sino á la voluntad material y á los caprichos del vulgo, que se olvidaba completamente de la patria, de su pasado y de su porvenir. Habiendo atacado el jesuita Bouhours, en su «Manera de pensar bien en las obras de ingenio,» á los poetas italianos y sus conceptos, salió á su defensa el marqués Juan José Orsi, de Bolonia (1733), gran maestro en la ciencia caballeresca, y nació de aquí una disputa en el interior y en el exterior, pero sin que ninguno llegase á elevarse á pensamientos verdaderamente liberales. Con razón, pues, Próspero Nontani, de Pésaro, se admiraba de que todos éstos, en vez de establecer reglas nacionales del buen gusto, no supiesen más que fundarse en la autoridad de Aristóteles, de Hermógenes, de Falereo, llamando á esto «postración de espíritu, genio mezquino y antiliberal, vil idolatría.» Figúrese el lector el escándalo que promovería esta opinión.